

# RECUERDOS DE IPARRAGUIRRE.



## LOS NÁUFRAGOS DEL CANTÁBRICO

A MIS QUERIDOS AMIGOS D. ILDEFONSO ZABALETA Y D. JOAQUIN CASTEÑEDA.

Con este segundo título acaba de ver la luz pública en la *Ilustración de Alaba*, un curioso trabajo, cuyo autor oculta su nombre con el de «Un salvado de la galerna».

El recuerdo de aquella inesperada catástrofe que cubrió de luto á los pintorescos valles y alegres playas de Bizcaya y Santander, y que sirvió, no para demostrar una vez más el heroico arrojo y la incomparable bravura de los marinos del Cantábrico, ya reconocido de siglos atrás, sino para poner de relieve los prodigios y hasta los milagros de la más hermosa de las virtudes cristianas, de la caridad, trae á mi memoria un hecho que, si bien insignificante de suyo, tuvo en Octubre de 1878 gran resonancia por la calidad de las personas que en el mismo tomaron parte.

La voz de la caridad, atravesando toda clase de fronteras, llegaba hasta el confin de nuestro planeta demandando socorros para las viudas y huérfanos de tantos desgraciados que, al dedicarse á la peligrosa y ruda tarea de la pesca, lejos de encontrar, á poca profundidad, en el Océano, el sustento de sus padres, de sus esposas é hijos, hallaron no solo horrorosa muerte causada por los terribles embates del más furioso vendaval, sino sagrada sepultura en el fondo de las turbulentas y borrascosas aguas del Cantábrico.

España entera, desde el Machichaco á Tarifa, se conmovió ante

tamaña desgracia, y no hubo pueblo, por insignificante que fuera, que no acudiese á depositar su óbolo y á enjugar con él las lágrimas de tanto infortunado.

El Estado de una parte, las Juntas de socorro por otra, y la filantropía, impulsando á cada uno de los individuos de la familia humana, organizaron cuantos medios les sugirió su inteligencia, á objeto de allegar recursos y mitigar en lo posible los acerbos y crueles recuerdos de las víctimas.

Sucedía esto, como hemos dicho, á fines de Octubre de 1878, seis ú ocho dias despues de tan horrenda tragedia, y una Junta de aristócratas damas de la corte suplicó el concurso de la célebre Estudiantina Española, tan en boga entónces, despues de sus fantásticos triunfos parisienses, para cooperar de la mejor manera á la obra de caridad que todos proyectaban. Solicitos los presidentes de aquella corporacion, Sres. D. Ildefonso Zabaleta y D. Joaquín Castañeda, y deferentes con tan egregias damas, reunieron á la Estudiantina, y despues de algunos ensayos y anunciado el espectáculo se presentó aquella en el Circo de Price, uno de los teatros más espaciosos de la corte de España.

Era esta la primera vez que la Estudiantina se presentaba ante el público español. La fama que habia adquirido y su justo renombre confundieron á la media docena de envidiosos de tan legítimos triunfos, y el teatro, convertido en ascua de oro, presentaba el aspecto del Real en sus funciones de gala.

En palcos, plateas y butacas, disputadas por sumas de consideracion, se encontraba cuanto de más selecto encierra Madrid en hermosura, en artes y letras; las galerías altas repletas de gente exhibian gran representacion de la colonia bascongada, y en medio de aquella multitud y del más sepulcral silencio alzóse el telon, apareciendo en escena la Estudiantina con sus lujosos y clásicos trajes.

Una salva atronadora de aplausos saludó su aparicion. Fué tal ovacion la más apetecida y el premio más inapreciable que recibió aquella comparsa de verdaderos estudiantes, que enarbolando la bandera de la dignidad española, recorrieron la culta Francia y hubieran recorrido Europa y el mundo todo entre los vítores y los plácemes de nacionales y extranjeros.

El toque de la marcha real anunció la llegada del finado monarca D. Alfonso XII y de su hermosa y malograda esposa D.<sup>a</sup> Mercedes

de Orleans, convertida en amiga entusiasta y protectora sin límites de la Estudiantina Española.

Bajo la presidencia de los monarcas, honra que la Estudiantina mereció igualmente de D.<sup>a</sup> Isabel de Borbon, en el teatro de los Italianos, de París, comenzó el espectáculo en el que tomaban parte distinguidos artistas líricos y eminencias musicales, como la Borghi-Mamo, la Franco de Salas, Tamberlick, Alvertini, Caballero y otros.

¿A qué decir que todos los números de que se componía el extenso programa de aquella función, fueron espontánea y entusiastamente aplaudidos? Solo de un número haremos mención particular; el programa hacía constar que la Estudiantina tocaría el inspirado zortziko de Iparraguirre «Adios nere biotzeko» cantado por el joven azpitiano y compañero nuestro Sr. Ortiz. Al adelantarse la Estudiantina al proscenio y preludiar las dulces y melódicas notas de tan tierna composición, la orquesta y el tenor fueron interrumpidos por numerosas y compactas voces que al unísono gritaban: ¡Que baje Iparraguirre á la escena!! ¡Que baje! ¡que baje! repetían millares de espectadores que no conocían al héroe bascongado que ha encarnado en la música y en la poesía el carácter y la idiosincrasia de la grande Euskaria.

Efectivamente, Iparraguirre, paisano y amigo de todos nosotros, ocupaba un asiento de paraíso y desde tan modesta localidad, rodeado de numerosos amigos, contemplaba aquella caritativa fiesta cuyos productos se destinaban, en parte, á mejorar la triste suerte de crecido número de guipuzcoanos y bizcainos.

Hallábase en Madrid, casualmente, el anciano bardo, en busca también de algo con que atender á sus prematuros achaques, y alguno de sus infinitos conocidos dió la primera voz que como chispa eléctrica, repercutió por todos los ámbitos del Teatro.

Imposible describir la escena que siguió á la momentánea confusión producida por los vivas y los hurras que de todas partes dirigían al bardo bascongado, y que acallaron á la orquesta y al tenor. Entonces, quizá sentado Iparraguirre en el Paraíso de su gloria, fué levado en los robustos brazos de sus paisanos y conducido al escenario.

¡Qué momento aquel! á las voces y á los vivas sucedió un religioso silencio, todos los espectadores apenas si respiraban, en tanto que fijos sus ojos en el escenario, aguardaban la presencia de aquel hombre legendario, cuyo cosmopolitismo, le hizo tan celebre en ambos mundos.

Y, trémulo, con cadavérica palidez, sudando, vacilando al andar y mesándose aquella larga cabellera y su barba encanecida por los años y los sinsabores, el arrogante Iparraguirre, sin articular palabra, llorando y con su modesto sombrero en la mano, apareció como una estatua, absorto, semejando al Segismundo de *La Vida es Sueño*.

!!!Qué ovacion!!! El frenesí y el delirio se apoderaron de los espectadores, y desde Alfonso XII y su egregia esposa hasta el último menestral, batieron palmas en honor del inmortal autor de *El Arbol de Guernica*. Allí, todos lloraban, la alegría había rebosado sus límites, y las lágrimas, como sinceros afectos del alma, saludan al vate sin rival de la Euskal-erria.

El mismo Iparraguirre confesó no haber sido objeto de ovacion semejante ni tan espontánea.—«Hace muchos años, dijo, que mis ojos se habian secado y no guardaban lágrimas, hoy he llorado por toda mi vida en nombre de mi madre, de mi patria y de mis paisanos.»

Bajo su direccion se tocó y cantó su célebre zortziko, y entre aplausos, abrazos y apretones subió al palco regio en donde mereció que le abrazara el Rey de España.

Así terminó la primera fiesta en que tomó parte la Estudiantina Española, despues de su regreso de París.

Salud á mis queridísimos compañeros de Estudiantina.

EULOGIO SERDAN.

